

La estatua de la marisma.

En el amanecer, cuando la bruma confunde la linde entre tierra firme y marisma. Cuentan que es en ese instante de luz confusa cuando se la ha visto a lo lejos, en medio de un banco de fango, agachada, removiendo con el rastrillo el lodo donde se esconden las almejas que limpia y echa a un cubo de metal que siempre le acompaña...

Desde hace unos años corre la creencia a lo largo de los pueblos de la bahía y no hay mañana que algún pescador, mientras coloca sus cañas en la ribera rocosa, al pie de la carretera, no mire a lo lejos con cierta aprensión. Esos hombres madrugadores, hechos al frío, la lluvia y el viento que sopla a través de la marisma abierta, sienten un ligero escalofrío al otear la otra orilla. “Hoy está más fresca la niebla”, se dicen, engañando al ánimo.

Nunca le he confesado a nadie que creo saber quién es esa aparición que se ve agachada fantasmalmente en la marisma, en las madrugadas neblinosas. Nunca he llegado a verla, pero cuanto dicen de ella – sus ademanes, su vestimenta, la misteriosa forma de aparecer y desaparecer tras los bancos de niebla... – me confirma que éste es el final de una historia que comenzó hace cuarenta años. Una historia que, en mi memoria, se inicia con una caja de cartón...

Mi padre tenía una tienda de ropa en mitad de la plaza, junto al mercado. Cada mañana, a las doce y media en punto sonaba en todo el pueblo la sirena de la fábrica. Acababa de

terminar el turno de la mañana y las mujeres, tras cuatro horas y media sentadas en un banco, destripando, sobando, fileteando y enlatando los filetes de anchoa, salían de aquella nave gigantesca que olía permanentemente a salmuera y corrían a casa para calentar la comida a los hijos que venían de la escuela o a los maridos que llegarían un tiempo después del taller, las tiendas o del muelle, donde habían terminado de recoger redes y palangres.

Cuando escuchaba la sirena de la mañana, mi padre colocaba una caja de cartón vacía bajo las estanterías de las telas. Era una simple caja para camisas, que situaba junto a otra caja donde almacenaba varios puñados de serrín. Los días de lluvia extendía el serrín por el suelo de la tienda para secar los charcos que formaban los zapatos húmedos de las clientas.

Al cabo de un rato, por el mercado aparecía la Panchona, una mujer ancha y fuerte, empujando un carro con las ruedas de neumático negro y la estructura de hierro, con tablones de madera. Encima del carro llevaba varios cubos con agua de mar y paquetes hechos con red de pesca donde brillaban las almejas, con su concha fina y grisácea, y las navajas, que se abrían alargando el bicho. En los cubos se movían animales que rascaban ruidosamente las paredes.

Cuando la Panchona se detenía frente a la tienda de mi padre, mis amigos y yo, recién salidos del colegio, nos acercábamos al carro, para ver a sus inquietos inquilinos. En los cubos descubríamos al menos media docena de nécoras grandes y verdes. Me fascinaba escucharlas rascando con sus uñas la pared de latón, en un fútil intento de escapar.

- “¡Chuco!, ¿vas a querer algo hoy?” – Panchona interrumpía el trajín de la tienda, asomando medio cuerpo por la puerta.
- ¿Qué traes, Panchona? – decía mi padre.
- Unas almejucas, bien grandes. Y nécoras. Buenas. Buenas de tamaño, las cabronas, que hoy me han mordido bien.
- ¿No viene nada de pescado?.
- ¡Hoy nada, Chuco, hijo!. No ha venido bien el barco. La mar se ha movido mucho esta noche y no han subido nada...

Un instante después, en la caja de cartón de mi padre descansaban un puñado de almejas y la marisquera salía de la tienda guardando el dinero de la venta en un monedero rojo, ajado, que remetía en uno de los bolsillos de su delantal.

Algunos días, a aquella mujer grande, de cara enrojecida y manos de dedos anchos, le acompañaba su hija, una niña de nuestra edad, menuda, rubia, con el pelo recogido en una coleta de la que se escapaban algunos mechones que se le quedaban cayendo a los lados. Se llamaba Rosuca y vestía como la madre: falda hasta las rodillas, una blusa debajo de una chaqueta gruesa de punto y un delantal oscuro protegiendo la ropa. En los pies, como la Panchona, botas de agua.

- ¿Ya te has llevado a la niña otra vez, Panchona? – preguntaba mi padre tras la compra, al ver a Rosuca subida al carro, con sus botas de agua y el delantal húmedo -. ¡Déjala que estudie!

- ¡A ver hijo!, ya tiene doce años, tiene que aprender. ¿Éste es el tuyo? – y me señalaba con un gesto de la barbilla, mirándome con ojos grandes, con aquella cara cuarteada por el frío de la marisma -. ¿Qué años tiene?.
- Doce, como la tuya... Déjala que estudie Panchona...
- A ésta no le va tanto la escuela... Y ya tiene edad para echarme una mano... El tuyo, éste sí tiene cara de estudiar... A ver qué hace en unos años... ¡Échale un ojo a mi cría , chaval!...

Panchona soltaba aquellas ocurrencias en voz alta, lo suficiente para que lo escucharan mi padre, mis amigos y todas las clientas de la tienda. Yo enrojecía de vergüenza y apenas podía levantar la vista y ver cómo también Rosuca me sonreía.

Terminada la venta, Panchona alzaba las varas del carro y lo empujaba con fuerza, haciéndolo moverse y alejarse por la plaza. No parecía notar el peso del marisco y el de su propia hija. Al alejarse, Rosuca me decía adiós con un gesto leve de la mano que yo, avergonzado aún por las bromas de su madre, no contestaba...

- ¿Cómo pescan las almejas, Padre? –.

Estábamos en la cocina, delante de la comida. Mi madre había preparado el saco de almejas de la Panchona. En pocos minutos nos dejarían mojar barcos de pan en la salsa deliciosa del plato...

- Es duro, hijo, un trabajo muy duro. Esta mujer marcha de madrugada a la marisma, todos los días. Si la marea está bajando, pasa varias horas en el fango, agachada, removiendo el suelo para sacar las almejas.
- ¿Lleva una pala como la mía? – exclamó mi hermana.
- No, hija, ella lleva un rastrillo más grande que los tuyos y un cubo de metal. Y tiene que ir levantando con el rastrillo trozos del fango y removerlos para sacar las almejas. Si hay alguna, la echa al cubo, da unos pasos, se agacha otra vez y, así toda la mañana...
- ¿Y si la mar está alta o está subiendo por la mañana...? – pregunté.
- Pues entonces echa los reteles para coger quisquillas, nécoras, peces...
- Yo no he visto nunca quisquillas en su carro...
- Las vende a los bares. Es lo primero que les lleva, para que no se mueran en el cubo.
- ¿Rosuca no tiene padre? .

El mío movió la cabeza, perdiendo la mirada en los recuerdos del fondo de su plato, más allá de aquellas almejas humeantes...

- Panchona ha tenido una vida muy difícil, hijo. Su padre se perdió en la mar, en una galerna que se llevó tres barcos a pique. Ella era muy pequeña y por eso se puso enseguida a mariscar. Luego se casó, pero su marido no era un buen hombre. Al poco de nacer la niña, él desapareció del pueblo.
- ¿Y ahora están solas? – exclamó mi hermana, abriendo mucho sus ojos infantiles.

- A veces es mejor estar solo, hija – respondió sonriendo mi padre – que vivir a disgusto. ¡Hale, a comer!.

El tiempo pasó sobre el pueblo, la bahía y nuestras vidas. Al cumplir catorce años iba a marchar a estudiar fuera. Una de las últimas mañanas en las que llegué a la plaza, tras el colegio, el carro de la Panchona estaba parado junto a la puerta de mi padre. Sobre sus tablas, la mercancía estaba como siempre: las almejas frescas asomaban chorreantes sus sifones, las navajas seguían estirándose en la red y en los dos cubos de latón, las nécoras enormes rascaban obsesivas la pared.

Rosuca estaba sentada en el carro. Se levantó al vernos llegar a mis amigos y a mí y se acercó.

- Dice tu padre que te vas fuera, a estudiar a la ciudad...
- Sí, dentro de unos días...
- A ver si te vemos luego. Seguro que pasas mucho tiempo sin venir.
- No sé, no lo he pensado todavía.
- Ven mañana, que quiero darte una cosa.

En ese momento salió su madre de la tienda y nos separamos unos pasos.

- ¡Chuco, vaya el chico, si ha crecido! – exclamó, como siempre, en voz alta -.
¡Ya te queda poco! – dijo, mirándome con aquella expresión rubicunda, la cara surcada de mil arrugas más.
- Ya, ya...

Alzaron las varas del carro y lo empujaron, alejándose. Al verlas marchar, pensé, por primera vez, que Rosuca estaba guapa, a pesar de su delantal y sus botonas de caucho. Nunca me había fijado, pero ahora veía que aquella niña despeinada, arrebujaada en su chaqueta, de manos ya enrojecidas como las de su madre, estaba guapa.

Al día siguiente me acerqué curioso a la plaza. No vi el carro de la mariscadora ni a las dos mujeres. Nada más entrar, mi padre me encargó un recado:

- Anda, vete a casa y lleva a Madre la caja, que hoy hay salmonetes y una faneca.
- ¿Ya ha pasado la Panchona, Padre?.
- Hoy ha llegado antes. Traía más pescado. Cuando hay peces va más ligera: no le aguantan en el carro como el marisco...

Doblé las rodillas y alargué el brazo para arrastrar la caja fuera. En ese momento, mi padre añadió:

- Ah, y en la caja hay también una cosa para ti. La ha dejado la hija, Rosuca. Dice que es para que no te olvides del mar...

Era una caracola preciosa. Larga como uno de mis dedos, el ápice afilado, las vueltas marcadas, de color amarillento como la arena húmeda. Se iba engrosando hasta llegar a la boca, donde abría su agujero revestido de nácar blanco, suave y brillante. Llevaba más de una hora solo, en mi habitación, dándole vueltas al regalo, colocándolo en la oreja para escuchar el sonido, mirando todas sus arrugas, todas sus vueltas, cada detalle

del borde... Quise imaginar cómo había sido el animal que vivió dentro, el caracol que construyó aquella joya. Y volví, una y otra vez, a escuchar mi bahía a través de aquella caracola. No sólo el mar, no sólo el fragor de las olas... También distinguí la brisa sobre la marisma, el maullido de las gaviotas al mediodía, el chocleo del agua al golpear indolente una roca de la playa y quedar atrapada entre las grietas... “Nunca, nunca, nunca perderé esta caracola”, pensé con todas mis fuerzas, apretándola entre mis dedos.

Pasó el tiempo, terminé los estudios, cambié de ciudad e inicié una vida nueva fuera del pueblo... Un día, mi padre dejó de colocar su caja de cartón bajo los estantes de las telas y pegó dos grandes carteles en los escaparates: “Cerramos por Jubilación. Grandes Ofertas”. Aquella mañana, y todas las mañanas posteriores, Panchona y Rosuca cruzaron la plaza sin detenerse ya ante la tienda de mi padre.

No supe que Rosuca había muerto hasta varios años después, cuando la añoranza me hizo intentar recuperar los años perdidos fuera del pueblo. Reanudé los paseos por el muelle y la playa y descubrí cómo habían cambiado las aldeas de la bahía. Se habían construido muchos chalets en huertas y prados donde antes pastaban las vacas o crecían cebollas y repollos. Los senderos que lindaban con el fango de la marisma ahora eran paseos sembrados de tarays, con bancos donde contemplar el atardecer sobre la bahía.

En una de mis excursiones descubrí que, en una de las aldeas, habían recuperado un viejo molino de marea. Estaba situado dominando un canal natural entre una pequeña

colina y el pueblo. En la falda de la colina había una plaza y en ella habían colocado una estatua, una figura de bronce que representaba a una mujer agachada, con un cubo a su lado y que portaba, en la mano, un rastrillo. La estatua vestía botas de agua, falda y delantal y, sobre los hombros, los pliegues metálicos de un pañolón. “Homenaje a las marisqueras”, leí en una placa atornillada a los pies de la figura. “A todas las mujeres que día a día trabajaron en nuestra marisma para alimentar a sus familias y que formaron parte del escenario de una época”.

No había reparado, en más de treinta años, en aquella perdida caracola que un día encontré en una caja de cartón, junto a una red de almejas. Aquel objeto era parte de años arrinconados y se perdió en cualquiera de los traslados del piso de estudiante, o de una ciudad a la siguiente, o al hacer limpieza y retirar viejos trastos de las estanterías... Pero al ver aquella figura de bronce agachada, con mil arrugas en su rostro oscuro, el delantal sujeto con una mano mientras la otra sostenía el rastrillo y el cubo junto a ella, de pronto creí escuchar unas nécoras rascando las paredes del cubo, una voz recia preguntando a mi padre si quería un puñado de navajas o almejas o si prefería una faneca hermosa que traía recién pescada...

Al descubrir aquella estatua al borde de la marisma agité recuerdos en el fondo de mi memoria y deseé no haber perdido la caracola, ni tantos paseos no realizados por la playa, ni tantos veranos vividos en otros lugares lejos de mi pasado...

Acabo de conocer la leyenda que corre de boca en boca por la bahía, sobre la mariscadora que se aparece entre la niebla, al amanecer, entre las islas de lodo de la bajamar. Creo que sé de quién se trata. Creo que, si logro encontrar entre las cajas del

trastero la vieja caracola que me regaló Rosuca, hace tantos años, podré llevarla hasta al estatua, colocarla junto a su oído y dejar que la vieja mariscadora escuche la voz de la bahía, de su marisma, de su hija. Así, seguramente, la Panchona podrá descansar, por fin, en paz.

José Antonio Quirce

Septiembre 2.010.